

## ANATOMÍA DE UN INSTANTE

**Darío Valencia Restrepo**

[www.valenciad.com](http://www.valenciad.com)

El 23 de febrero de 1981, a las 6 y 23 de la tarde, el Congreso de Diputados se encuentra votando la investidura de Leopoldo Calvo Sotelo como presidente de España en sustitución de Adolfo Suárez, quien había renunciado 25 días antes después de cinco años de un mandato que había propiciado la transición de la dictadura franquista a una democracia con base en una monarquía parlamentaria. En ese momento irrumpe en el hemiciclo pistola en mano y secundado por subalternos el teniente coronel de la guardia civil Antonio Tejero con el grito: “¡Quieto todo el mundo!” Viene luego otro grito más perentorio: “¡Al suelo todo el mundo!” Los diputados y funcionarios acatan la orden y desaparecen de las cámaras de seguridad que filman la sesión, pero hay tres excepciones, incluso cuando se desata un tiroteo en el recinto y las balas silban a su alrededor: el presidente Suárez permanece sentado en su escaño, el general Gutiérrez Mellado, vicepresidente del país, se levanta e increpa a los asaltantes, y Santiago Carrillo, largos años secretario del partido comunista español, tampoco se mueve de su asiento.

Alguien que ha mirado repetidas veces esos 35 minutos de grabación del asalto y los considera un documento crucial de la historia de España, se concentra mucho más en una imagen congelada de esos tres gestos paralelos, en especial el de Suárez, para él cargados de sentido: en los de Gutiérrez Mellado y Carrillo intuye una lógica necesaria, como si hubieran sido programados por la historia y por sus dos contrapuestas biografías de enemigos de guerra; y en Suárez ve un gesto de coraje, gracia y rebeldía, un gesto soberano de libertad y un gesto histriónico de un hombre acabado que intenta agónicamente legitimarse y que por un momento parece encarnar la democracia con plenitud. El gesto de Suárez podría no contener nada pero a través del mismo, como a través de un vidrio, podría verse todo: a Adolfo Suárez, el 23 de febrero, la historia reciente de España, tal vez un rostro que es acaso el rostro verdadero de todos. Ese alguien es Javier Cercas, el gran novelista de *Soldados de Salamina*, que ahora presenta una minuciosa crónica de gran valor histórico, cargada de interpretaciones, conjeturas, y apelaciones a su técnica literaria, sobre ese intento de golpe de estado, sus antecedentes, desarrollo y fracaso, pero centrada repetidamente en aquella imagen congelada. Su título es *Anatomía de un instante* y se trata de un libro magistral.

Un ensayo de Hans Magnus Enzensberger habla del surgimiento reciente de un nuevo tipo de héroe opuesto al héroe clásico: se trata del héroe de la retirada o de la deslealtad, que traiciona los ideales de su pasado porque considera que debe contribuir a la construcción de un futuro mejor para su país. Suárez había sido un arribista colaborador leal del franquismo y ahora se había convertido en su principal liquidador y artífice de la legalización en 1977 del partido comunista; por su parte, el antiguo teniente Gutiérrez Mellado había ayudado a sublevar su unidad en 1936 contra el gobierno legítimo de la república y ahora estaba encargado de modernizar el ejército y alejarlo de la política; y Carrillo, líder del principal partido de oposición a la dictadura, impuso a sus copartidarios en 1978 el abandono de los principios leninistas para colaborar con la transición.

Como si tratase de la simetría en una obra de ficción, también tres personajes son las figuras del golpe: el general Armada, antiguo preceptor y ex secretario del rey, es su jefe político; el general Milans del Bosch, capitán general de Valencia, su jefe militar; y Tejero, su jefe operativo. Los dos primeros querían dar un golpe blando con el apoyo del rey para prohiar un gobierno de unidad que sería presidido por un militar progresista (el propio Armada) y el tercero quería un golpe duro para convertir a España en un cuartel. Armada había convencido a los conspiradores de que contaba con el apoyo del monarca, lo cual no era cierto: pocos minutos después del asalto al congreso el golpe empezó a desactivarse cuando Tejero supo que no contaba con el apoyo real; y cuando Armada, que intentaba entrar a La Zarzuela para obtener el apoyo del rey, no pudo hacerlo. Ésta fue la respuesta del secretario de dicho palacio cuando un alto oficial inquirió por la presencia del general: “Ni está ni se le espera”.

Como mucho se ha controvertido la actuación del rey durante las diecisiete horas y media que duró la intentona, Cercas considera que en los días previos al 23 de febrero el monarca se comportó con una imprudencia que dio alas al golpe, pero que en ese día fue él quien se las cortó. Queda claro en el libro que el rey era el único que podía parar el golpe.

Casi nadie se opuso activamente a un golpe que pudo haber sido exitoso. Muchos se fueron para sus casas a seguir los acontecimientos por radio y televisión. Fue determinante el malestar por la mala situación económica, la intensificación del terrorismo de ETA, los problemas con las entidades autonómicas y el desencanto con Suárez y con el funcionamiento de la democracia. Cabe recordar la respuesta del general Sanjurjo cuando se le pregunta, por parte del presidente del consejo de guerra que le juzga por otro intento golpe de estado en 1932, quién respaldaba su acción: “Si hubiera triunfado, todo el mundo. Y usted el primero, señoría”.

Periódico El Mundo  
Medellín, Colombia, 25 de enero de 2010